
El “Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha”: protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina

Norma Giarracca*

*“...Nadie pudo ver nunca la incesante morada
donde todo repite nuestros nombres mas allá de la tierra.
Mas nosotros sabemos que ella existe, como nosotros mismos.
Por el deseo de volver a vivir, entre el afán del polvo
y la tristeza de aquello que quisimos...”.*
Olga Orozco, La Casa. Poeta pampeana.

Introducción

En el último Censo Nacional Agropecuario de 1988, el 11% de las explotaciones figuran encabezadas por mujeres que son “jefe de explotación”. Pero esta proporción aumenta cuando consideramos a las “mujeres ocupadas en las tareas agropecuarias” (17,34% de la PEA rural), y más aún cuando sólo se toma la categoría “trabajadores familiares del productor”, donde la proporción de mujeres llega casi al tercio (Biaggi, 1998).

Los trabajos históricos muestran a las mujeres criollas o indias, anteriores a la expansión capitalista y a la colonización europea, como activas compañeras de los gauchos trashumantes: “...como una integrante permanente del grupo (...) y no como una simple y ocasional visitante...” (Vedoya, 1975). Esta situación se modifica con la expansión de la agricultura a partir de la segunda mitad del siglo XIX, momento que coincide con el comienzo de la colonización europea. A partir de entonces, el discurso “agrarista”, orientado a los colonos, se centró en la necesidad de la extensión técnica (extraída de los países europeos) y en ciertos valores de austeridad y laboriosidad familiar dentro del hogar, especialmente dedicado a las mujeres (Diodati y Fernández, 1998).

Durante este siglo las mujeres del campo ocuparon espacios sociales anteriormente dedicados sólo a los hombres, sobre todo en las cooperativas y, a par-

* Master en Sociología, UNAM. Licenciada en Sociología (UBA), Profesora Titular de Sociología Rural en la Carrera de Sociología y Coordinadora del Grupo de Estudios Rurales del Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Coordinadora de DTDR de CLACSO.

tir de 1980, en programas gubernamentales dedicados a estimular su participación. Lograron también algunos cargos en sindicatos de trabajadores rurales donde la proporción de mujeres era significativa, como el de embalaje y empaclado de frutas de la región Sur del país (Bendini y Bonaccorsi, 1998). Pero el espacio gremial de los agricultores estuvo, hasta 1995, reservado para los hombres, y en esto no hubo ninguna excepción: desde la Sociedad Rural Argentina (representación gremial de los grandes terratenientes pampeanos) hasta las radicalizadas Ligas Agrarias, que agruparon a campesinos y colonos del Norte durante los años 1970.

En este trabajo reflexionamos acerca de un movimiento agrario iniciado y constituido por mujeres, esposas de pequeños y medianos agricultores o bien ellas mismas agricultoras. Este movimiento se denomina Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML), y surgió en 1995 de la acción espontánea de un sector de colonos de una región vecina pero marginal en cuanto a la productividad de la rica Región Pampeana, productora de cereales y ganado vacuno.

Es importante señalar que la organización surge en un mundo rural “pampeano” tradicionalmente masculino: irrumpen con modos de acción novedosos y transgresores, como por ejemplo impedir una acción judicial. Lo hacen con un discurso que se radicaliza, y que marca discontinuidades con las acciones de protesta social agrarias previas, y establece nuevas alianzas desde un inicio al incluirse en el movimiento social de las mujeres. Estas características habilitan para pensarlo no sólo como “un enfrentamiento” coyuntural, sino como “acciones colectivas” (que podrían derivar en un movimiento social o ser parte de él), las cuales se conectarían tanto al mundo rural como al movimiento social de las mujeres de los noventa.

En sus estudios acerca de las acciones de protesta, Charles Tilly (1986) caracteriza al “enfrentamiento” como una acción colectiva discontinua a favor de los propios intereses. En el caso de MML hay un intento de generar un nuevo sujeto social, de producir nuevos sentidos que dan cuenta de un conflicto que, más allá del reclamo puntual -parar los remates de los campos-, muestra un problema cultural del país de hoy: la posibilidad o imposibilidad de seguir viviendo en el campo o en las zonas rurales como lo hicieron los padres o los abuelos de las protagonistas. Dicho en otras palabras, el conflicto enuncia la tensión entre la posibilidad de persistencia o la desaparición de la “explotación agraria familiar capitalizada”, con todas las consecuencias culturales que esta aporía implica.

Estos rasgos alientan a pensar el MML en el marco analítico que ofrecen los estudios de los “nuevos movimientos sociales”. Sin embargo, hemos optado por no establecer denominaciones que indiquen puntos de partida, y por tratar de lograr la reconstrucción y el sentido de las acciones mismas que emprendieron estas mujeres partiendo del concepto más general de “acciones colectivas”. Como sostiene Melucci (1992), tenemos que precavernos de caer en la concepción fre-

cuenta de un sentido común que observa una unidad precisamente allí donde ella debe ser investigada. El problema es cómo este “nosotras” que aparece en los relatos se convirtió en “nosotras”, cómo y por qué un agregado social llegó a la definición de sí mismo como un colectivo capaz de actuar como grupo.

En los últimos años del siglo XX, después de un tiempo en el que las acciones del MML se limitaban a parar los remates judiciales de otros agricultores endeudados, su visibilidad pública volvió a aumentar considerablemente con marchas, apariciones en los medios, etcétera.

A nuestro entender, esta mayor visibilidad del MML desde fines de 1998 se relaciona con dos situaciones: a. un aumento de la protesta social general del país que se repite en los años de elecciones nacionales importantes; b. un aspecto intrínseco al MML que tiene que ver con su expansión tanto territorial como en el nivel del fortalecimiento de la organización.

En efecto, después del período de emergencia, que fue de alta visibilidad pública, siguieron otros tiempos donde se reforzaron las solidaridades y se crearon nuevos códigos que permitieron desarrollar prácticas comunes. En ese otro momento -de latencia, como otro polo de la misma acción (Melucci, 1984)- se buscó armar las redes que sostendrían ese primer “mensaje” lanzado en el momento fundacional.

En los comienzos del 2000, a un poco más de cuatro años de sus primeras apariciones, no sólo cuentan con la personería jurídica que las habilita como organización gremial, con una amplia expansión en el nivel territorial y una metodología de acción (códigos) que las identifica en todo el país, sino que son reconocidas como un actor de peso en el gremialismo agrario nacional, que siempre se caracterizó por estar conformado por hombres.

En el análisis de la organización recurrimos a las dirigentes y participantes del movimiento como sujetos sociales, con prácticas, conocimientos, calificaciones, deseos y motivaciones que las habilitan a traspasar los límites marcados por las restricciones, y situarse con sus demandas y métodos de acción en el escenario de la protesta nacional, y por lo tanto en el espacio de la política. En tal sentido nos centraremos en las capacidades agenciales (en el sentido de Giddens, 1984) que habilitan al MML a intervenir como “actor” en un curso de acontecimientos o en un estado de cosas. Este presupuesto teórico que enuncia la relación entre la capacidad agencial y el poder precede a cualquier ubicación socioeconómica que formulemos para comprender al movimiento.

El proceso de expansión territorial y el fortalecimiento del movimiento no son dos procesos que se dan de modos necesariamente correlativos. Desde los comienzos mismos del MML aparecieron colonos en situaciones parecidas a las de las “pioneras”, quienes empezaron a comunicarse telefónicamente con ellas dispuestos a iniciar el mismo tipo de acciones. La expansión territorial siguió el im-

pulso espontáneo de los primeros momentos, y no fortaleció necesariamente al MML como “actor”. Sin embargo, este primer paso de “expansión” facilitó un proceso de identificación, una integración simbólica de estos colonos (o mejor dicho de estas mujeres), cuyas voces no habían sido recogidas por los otros actores gremiales. Este fue un primer e importante paso.

Cuando pensamos en el concepto “fortalecimiento” (*empowerment* en la conceptualización anglosajona), aparece en primer lugar el interrogante de Tarrow (1997) en su fundamental análisis sobre el tema: ¿cuáles son las circunstancias en las que surge el poder de los movimientos? Tarrow se orienta hacia las “oportunidades políticas” que organizan nuevas oleadas y dan formas a sus despliegues. Cuestiones como las tradiciones políticas, la tolerancia de las elites, los niveles de apertura y cierre de posibilidades políticas, el proceso de democratización en Argentina, etc., tienen una importancia fundamental para dar cuenta del poder en las organizaciones. Sin dejar de tomarlos en consideración, rescatamos otros aspectos relacionados con el fortalecimiento de las propias acciones de las primeras participantes.

El “poder” es un atributo de toda relación social, un proceso por el cual, en nuestro caso, las pioneras se percibieron como capaces de ocupar espacios públicos, y sobre todo de ocupar aquellos lugares donde se toman las decisiones que hacen a sus problemáticas económicas, sociales y culturales. Ellas se fueron fortaleciendo a medida que desplegaban acciones que las convertían en “más capaces y cognoscentes”.

Desde esta concepción del “poder”, y tomando las ideas de Pettersen y Solbakken (1998), “fortalecimiento” significa un proceso en el cual personas, organizaciones o grupos:

- adquieren conocimientos de dinámicas de poder trabajando en sus diferentes contextos de vida;
- desarrollan habilidades y capacidades para ganar un razonable control sobre sus vidas;
- ejercen ese control sin infringir los derechos de los otros;
- apoyan el fortalecimiento de otros en la comunidad.

En tal sentido, “poder” y “fortalecimiento” están fuertemente relacionados con el “conocimiento” en sentido amplio, que incluye tanto los conocimientos prácticos como los técnicos, pero también los “autoconocimientos” y aquellos otros que habilitan para tomar decisiones y optar. Aquellos que según Giddens (1991) dan sostén a las opciones de vida (políticas de vida).

En un primer momento desarrollaremos las demandas originales del MML, y luego nos dedicaremos a la extensión y al fortalecimiento del movimiento, marcando en especial las formaciones de redes sociales y las situaciones de encuentros.

Los orígenes del movimiento

Casi un año después de la Marcha Federal de 1994 (en la que participaron todas las provincias dirigiéndose a la ciudad capital), y con un gobierno nacional recién reelecto (Menem fue reelecto el 15 de mayo de 1995), los periódicos de la provincia de La Pampa alertaban acerca del riesgo que corrían los establecimientos agropecuarios cuyas deudas seguían un trámite que derivaría en la acción judicial. Los dirigentes agropecuarios locales transmitían muy poco optimismo acerca de las posibles negociaciones: no habían tenido éxito en los tiempos de campaña política preelectoral, menos aun -argumentaban- lo conseguirían después del triunfo político alcanzado por el presidente Menem (50% de los votos). El remate de las explotaciones agropecuarias se convertía en una amenaza real para los campos hipotecados.

La zona elegida para comenzar los remates fue Winifreda, una localidad situada a 45 kilómetros de Santa Rosa, la capital de la provincia de La Pampa. Es una localidad fundada sobre los campos de un británico que murió en 1924, y cuyos herederos -dentro de los cuales estaba su hija Winifreda- arrendaron y vendieron a colonos alemanes, franceses, rusos, españoles e italianos. La zona no está dentro de la rica pampa húmeda, y la lluvia, por falta o demasía, siempre fue un problema. El Ferrocarril Oeste los conectaba con el puerto de Buenos Aires, y en muchos casos con la posibilidad de que el migrante recuperara a una familia que había quedado en Europa.

En el momento en que se inicia el MML, Winifreda tenía una característica inusual en estos pueblos rurales de Argentina: el gobierno y la justicia estaban en manos de dos jóvenes mujeres, que habían sido electas como Intendente (alcalde local) y Juez de Paz (encargada de legalizar nacimientos, casamientos, defunciones, etc.).

El primer intento de remate se llevó a cabo precisamente en Winifreda, en una explotación propiedad de un matrimonio descendiente de franceses él, y de españoles y sirios ella. La explotación fue heredada del padre francés a fines de los setenta, y sostenida y expandida con mucho sacrificio por la familia Cornelis.

Lucy de Cornelis no se cansa de decir que se endeudaron porque le creyeron al ex-presidente Menem cuando prometía que aquellos que incorporaran tecnología y aumentaran la producción recibirían todo el apoyo del gobierno. No fue así. Las variables manejadas por el Ministerio de Economía -a pesar de incorporar tecnologías- los dejaron fuera de los márgenes de ganancia e inversión.

Se dio comienzo a los remates, pero los tasadores del Banco de la Provincia de La Pampa no se imaginaban que en la explotación de los Cornelis sería la esposa del propietario, Lucy, la que no aceptaría la práctica judicial y se lanzaría a una acción llevada por la desesperación, que terminaría convocando a muchas otras mujeres y poniéndolos en apuros. En efecto, cuando el martillero empezó

su tarea, Lucy salió de su casa y acudió a los medios. En la FM local (radio) contó lo que estaba ocurriendo, y muchas otras familias, que estaban o no en la misma situación que los Cornelis, acudieron al llamado e impidieron el remate.

El esposo de Lucy había tenido actuación política en el Partido Radical. Sin embargo, la reacción no salió de él porque, como dice ella, es de la clase de hombres que piensa que una deuda siempre se debe pagar. La que salió fue Lucy, y según ella no fue una acción premeditada: cuando los tasadores iniciaron su trabajo, fue presa de un ataque de furia tal que decidió salir de la casa y dirigirse a la radio local. Había un clima que predisponía a creer que la apelación tendría resultados. Era el primero de una larga lista de remates en carpeta, pero fue el primer llamado en una población que a esas horas estaba en pleno trabajo agrícola y de la que no se conocían reacciones conflictivas.

Es importante el reconocimiento y movilización de los recursos que utilizó Lucy: la radio, apelar a sus pares, poner la situación en un límite tal que apareciera la posibilidad de la “acción social” como eficaz.

Lo que querríamos remarcar en estos orígenes es que no hubo en esta protagonista una lógica de “medio-fines”, una “acción racional” que le llevara a medir medios y fines. El propósito de la acción fue generado por ella misma, y en el sentido que ella y los otros fueron atribuyendo a estas acciones aparecen los limitantes institucionales (la acción jurídica que se puede posponer pero no anular), las condiciones macro-económicas donde operan las fincas, y aparece también -y esto es lo importante de señalar- la capacidad de invención de Lucy como sujeto, su capacidad de iniciar una acción que derivaría en una situación inexistente en el momento previo.

No había nada que predijera que estas acciones sucederían (aun cuando a posteriori algunos quieren creer “que estaba todo armado”). Podrían no haber sucedido. Esta acción inicial fue una contingencia. Estas creaciones de propósitos de una acción colectiva suponen no sólo esquemas de conocimientos, reconocimientos y movilización de los recursos con los que se cuenta, sino también densas interacciones e intercambios emocionales y afectivos (Melucci, 1992: 224).

Joaquina Moreno, una viuda sin hijos de 65 años que es otra de las dirigentes del MML, organiza y gestiona su campo con una prolijidad financiera sorprendente. Sabe que las deudas sólo sirvieron para comenzar un movimiento cuyos propósitos están construyendo entre todas.

“...Mi papá vino de España en 1908 cuando tenía 13 años, lo mandaron solo para acá, empezó de peoncito (...) logró arrendar un campo un poco antes de que yo naciera, 100 hectáreas, en una gran explotación de 400 mil hectáreas. (...) Con el cambio del ‘45 [se refiere al advenimiento del peronismo en 1945] se le obligó a los propietarios a reconocer algunos derechos a los arrendatarios. Se les dio a los arrendatarios la posibilidad de comprar

(...) mi padre compró 150 ha. Yo heredé ese campo (...) me casé con un periodista mendocino, era un “tipo” que podía estar en el campo sin salir (...) como yo, nos gustaba esta vida, no nos importaba nada del mundo, mi marido falleció hace 6 años. (...) Nos fue bien, desde chiquita fui progresando despacito con mi trabajo, por supuesto con las debidas limitaciones y fui progresando casualmente hasta 1989. De entonces para acá me voy para atrás rápidamente...”.

A comienzos de junio de 1995 se realizó la primera asamblea. El diario provincial La Arena afirma: “...Con la sencillez de quien sólo sabe de trabajo, con palabras simples, y en algunos casos hasta con lágrimas en los ojos, las mujeres agropecuarias autoconvocadas en asamblea, ayer en Winifreda, expusieron sin tapujos la difícil realidad del campo pampeano...” (La Arena, 4/6/95). En estos primeros momentos, el movimiento contó con las simpatías de la prensa y de la población en general. Incluso, el gobernador de la provincia de La Pampa, cuando días después le acercaron el petitorio, se mostró comprensivo y prometió “revisar caso por caso” los endeudamientos.

Ellas se sintieron complacidas de tales respuestas, creyeron que las soluciones llegarían pronto. Así recuerda Joaquina Moreno la asamblea y la entrevista con el gobernador:

“...La asamblea era grande esa vez. En Winifreda había como 300 personas por lo menos y la Comisión se hizo en base a un productor por cada pueblo, de Trenel [su pueblo] estaba yo sola. Todas hablamos, cada “chica” fue exponiendo su problema, todas estaban por las deudas. Estaban un poquito “crudas” [se refiere a poco entrenadas en las acción gremial] y entonces yo expuse el problema de todos, porque la deuda no viene porque sí, la deuda era una consecuencia ¿eh? el origen de la deuda era la falta de políticas agropecuarias adecuadas. A la gente le gustó (...) no era una cosa del otro mundo, era lo que todo el mundo sabe, siente por su situación. Y entonces dijimos, qué hacemos, vamos a ver al gobernador, vamos a ver a “fulano” y ahí empezó todo. (...) Y bueno, fuimos, tuvimos una entrevista con el gobernador. El movimiento estaba recién iniciado (...) o sea en esa primera asamblea se originó la idea de elaborar un petitorio para llevárselo al gobernador y fuimos 10 señoras. Y estaba el Ministro de Asuntos Agrarios de la provincia, quien “se metió” conmigo [inició un diálogo descortés con ella]; yo daba ejemplos de la desvalorización de los novillos y me quiso hacer callar porque creía que yo no sabía nada, pero se metió mal porque yo tenía datos precisos. Bueno el gobernador nos atendió bien, lo invitamos a ponerse al frente de nuestros reclamos, así que ahora no diga que vamos en contra de él. Bueno no quiso, se “jodió” [él perdió la oportunidad de comprender]. Siempre dicen “La Pampa está linda”, La Pampa está linda en apariencia. En La Pampa hay medio millar de vacas menos que hace 6 ó 7 años...”.

Tanto del relato de las protagonistas como del registro periodístico de la época de esos primeros momentos, se puede inferir la importancia de la primera acción de Lucy de Cornelis (convocar a sus pares para parar los remates): de ella surgía un movimiento con reivindicaciones de tipo económico claras y sencillas. Se proponían el apoyo de las autoridades provinciales para lograr que se pararan las amenazas de remates. Confiaban en que podrían dar cuenta de sus razones, en que sus reclamos serían lógicamente escuchados y sus problemas solucionados. Todavía no pensaban en un enfrentamiento con las autoridades políticas. El movimiento hubiese podido tener una vida coyuntural, y ser meramente reivindicativo.

El desarrollo y la radicalización del movimiento

“...Las mujeres agropecuarias se sienten defraudadas por el gobernador...”.

“...Estamos verdaderamente dolidas...”, dice Rosita de Garat.

Estos titulares del principal diario pampeano preanunciaban el final de las buenas relaciones entre las mujeres agropecuarias y las autoridades provinciales. Sólo unos días después de la entrevista con el gobernador y de escuchar las promesas acerca de la reconsideración de los remates, el Banco de La Pampa (banco oficial de la provincia) remató la maquinaria de dos productores en sociedad, quienes estaban endeudados. La presencia de las mujeres, el pedido de Rosita Garat, y la asistencia de los medios de comunicación, no bastaron para que se impidiera la subasta de una maquinaria perteneciente a estos dos chacareros prendada por el banco.

Rosita Garat, que asistió al remate, se expresó así:

“...Buenos días. Con todo respeto me quiero dirigir a ustedes para decir que integro la comisión de esposas agropecuarias y solamente nuestra presencia acá está diciendo mucho, porque el martes estuvimos con el señor gobernador y nos dijo que el Banco de La Pampa no remataba. Bueno, esto es un remate, nos sentimos un poco tristes y defraudadas...” (La Arena, 18/6/95).

El fracaso en las negociaciones y la falta de cumplimiento de la palabra empeñada por el gobernador Marín tuvieron un efecto detonador en la expansión geográfica de las acciones de las mujeres, así como en un cambio de actitud en las dirigentes pioneras.

Es posible que el gobernador de La Pampa haya prometido soluciones sin intenciones serias de buscarlas en modo inmediato (así, por lo menos, se muestra en los resultados). A nuestro juicio, Marín subestimó la capacidad de acción de estas “chacareras”. Sabía que las soluciones negociadas, donde cada parte cede algo, no eran frecuentes en la gestión del gobierno de Menem al cual él pertenecía, y sin embargo les prometió soluciones inmediatas. “...Bueno el gobernador nos atendió bien, lo invitamos a ponerse al frente de nuestros reclamos, así que

ahora no diga que vamos en contra de él. Bueno no quiso, se jodió...”, nos dijo con una lógica muy alejada de la política partidaria Joaquina Moreno.

En la segunda mitad de 1995 el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha crecería en una forma inesperada por las pioneras: se realizan reuniones de mujeres en el oeste de La Pampa, y se conectan mujeres de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Formosa, Neuquén y Río Negro.

El 21 de septiembre se llevó a cabo la primera Asamblea Nacional: “Quinientas personas y ningún funcionario”, tituló la prensa el artículo acerca de la asamblea. Las dirigentes, consecuentes con un estilo cívico que indica respeto a las autoridades democráticas, habían cursado invitaciones a todos, incluidos el presidente Menem, el Secretario Nacional de Agricultura, las autoridades provinciales, etc. Querían soluciones consensuadas, no buscaban enfrentamientos.

Dijo Lucy de Cornelis en esa oportunidad:

“...cuando en mayo mi desesperación llegó al límite máximo porque golpeé todas las puertas y nadie me escuchó. Por eso dispuse convocar a las mujeres y encontré una respuesta inesperada. Sentía impotencia porque factores externos nos estaban arrebatando nuestras cosas. Por eso decidimos luchar juntas y hacernos fuertes...”

“...No somos mujeres ricas, con autos importados ni mansiones lujosas, sino que venimos de familias que andaban en sulky o a caballo por los campos, abriendo surcos, cosechando a mano y hasta pariendo en el monte...” (La Arena, 22/9/95).

En esta Asamblea elaboraron y presentaron a las autoridades un petitorio con 15 demandas y apelaron a las autoridades políticas y a la sociedad civil. El texto decía:

“...la Asamblea Nacional de Mujeres Agropecuarias en Lucha, con participación de mujeres representantes del comercio, la industria y otros movimientos de todo el país, reunidas en Santa Rosa, La Pampa, el día 21 de septiembre de 1995 elaboramos el siguiente petitorio para ser elevado al excelentísimo Sr. Presidente de la Nación, gobernadores, senadores, diputados nacionales y provinciales y a los representantes del poder judicial...” (La Arena, 22/9/95).

De esta Asamblea salió el *Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha*. Se fueron conociendo, fueron reconociendo los recursos con los que contaban y generando una sociabilidad que fue importante en la continuidad del mismo. Las rionegrinas, por ejemplo, lograron que asistieran intendentes de las regiones agrarias que provenían de la lucha agraria gremial. Comenzaron a recibir adhesiones de la Federación Agraria, que aún estaba presidida por un viejo partícipe de las luchas agrarias, Humberto Volando. También recibieron apoyos de los pequeños comerciantes en situaciones no muy distintas a las suyas, y comenzaron a recibir el aliento de grupos de mujeres de todo el país.

Esta identidad de género las llevaría a elegir como fecha para ganar Buenos Aires los 8 de Marzo, día internacional de la mujer. En efecto, tanto en 1996 como en 1997, el MML estuvo ese día ocupando la Plaza de Mayo, con tractores manejados por ellas, con adhesiones de todas las entidades agropecuarias que agrupan a las pequeñas y medianas explotaciones y, por supuesto, con el apoyo de los movimientos feministas que ese día recuerdan las luchas mundiales de las mujeres. Pero para entonces el MML ya había radicalizado su posición: había logrado suspender con prácticas confrontativas varios remates (“los gritos hacen imposible los remates”, comentaba un martillero), y el diálogo con las autoridades era “un diálogo de sordos”, como ellas mismas lo caracterizan.

“...Si no hay voluntad de pagar van a ser ejecutadas como cualquier deudor...”, amenazaba a esas alturas el gobernador Marín, a lo que Lucy contestaba: “...Qué voluntad de pagar vamos a tener si no cosechamos y antes de llevarle plata al banco le tengo que dar de comer y educar a mis hijos...” (Clarín, 25/9/96).

“...El remate del campo de un pequeño agricultor, endeudado con un financiero, de la localidad Luis Palacios, no se pudo concretar ayer ante la oposición de las 200 personas, que se concentraron frente al juzgado de Paz, convocadas por el MML de Santa Fe...” (Clarín 1/11/96).

Las entidades gremiales insistían en la refinanciación de pasivos, buscaban la negociación tras el impacto que representaba la presencia en televisión del MML. Mientras tanto, las mujeres se preparaban para suspender los remates, llegar a los medios de prensa y contar al público el diálogo de sordos con las autoridades democráticas.

Y efectivamente, sus voces simples, con la sinceridad y claridad de las mujeres de campo, tuvieron un fuerte impacto en la sociedad nacional. Son invitadas a programas de televisión tanto de tipo político como dedicados a las mujeres y, poco a poco, son identificadas como las dirigentes más combativas del sector agrario.

Fortalecimiento y expansión del MML

El proceso de expansión territorial contribuyó al fortalecimiento del movimiento en la medida en que incluyó actividades grupales, encuentros, incorporación de conocimientos, habilidades, elementos identificadores y construcción de redes de solidaridad. Otro nivel posible para abordar la “expansión” y el “fortalecimiento” del MML se relaciona con los contactos entablados con otras organizaciones de colonos, campesinos, pequeños productores endeudados, etc., del país o del exterior.

El concepto de “redes” al que nos referimos es amplio en tanto fenómeno cultural, conjunto de significados, normas y expectativas usualmente vinculados con correlatos de conductas de todo tipo (Curran *et al*, citado por Roggi, 1998). La red está concebida como estructuración, es decir, medio y resultado de la acción de los actores que participan en ella. El acento está en los actores, en la capacidad de vincularse con el medio y generar un conjunto de relaciones que habilite una estrategia de fortalecimiento.

En este apartado nos proponemos analizar y comprender el proceso de construcción del MML desde los conceptos de “expansión” y “fortalecimiento” enunciados en los párrafos anteriores.

Abordaremos tres niveles: 1. las acciones generadas por sujetos individualizados (10 dirigentes, incluidas las que definimos como “pioneras”) que se orientan a procesos de fortalecimiento de la organización; 2. la expansión territorial del movimiento en estos años; 3. la conformación de redes sociales.

El fortalecimiento desde los sujetos: las dirigentes

Las primeras en organizarse fueron las mujeres de la provincia de La Pampa, desde el liderazgo de su actual presidenta, Lucy de Cornelis (LC). Decíamos antes que ella corría el peligro de perder sus tierras, y fue quien convocó y generó ese acontecimiento. Otra de las “pioneras”, Joaquina Moreno, no estaba endeudada y decidió participar porque consideró que, más allá de su situación personal, las condiciones para los pequeños y medianos agricultores estaban empeorando día a día, y que las organizaciones existentes tenían serias dificultades para reconocer y hacerse cargo de tales problemas. Luego llegan otras mujeres de la provincia de Santa Fe, más cerca de la rica región pampeana, las del Sur del país y, por último, las de las provincias más pobres, del Norte. Lucy cuenta esos primeros momentos con cierto asombro, marcando la precariedad del proceso:

“...En la primera asamblea, había una mesa redonda que habíamos puesto y estaba yo sola delante (...) aparte por la vergüenza, porque antes te ponías roja, de todos los colores. (...) Bueno ahora, dicen las otras mujeres, vamos a hacer una comisión provisoria. Y me eligieron presidenta. El 21 de septiembre [de 1995] cuando vienen las de las provincias dijimos: vamos a discutir. Había mujeres con más capacidad [que yo] y en esa reunión me eligieron presidenta nacional del movimiento. De ahí que se llame “Movimiento Nacional”, las de Santa Fe le ponen ‘en lucha’ y las de Formosa ‘en pie’ pero siempre todas dentro del movimiento...”.

La actual presidenta del MML reconoce la “capacidad” como un elemento fundamental para ser elegida dirigente, aunque el sentido que le da al recurso “capacidad” está básicamente relacionado con la educación formal. Esta es una

creencia social muy difundida entre la población descendiente de los inmigrantes, quienes consideraban que educación formal y capacidad tienen una fuerte relación. Sin embargo, ella fue la elegida como presidenta del movimiento, porque la consideran “capaz” en el sentido de quienes pueden generar, reconocer y movilizar recursos, o de quienes poseen destrezas para iniciar una acción.

“...Estábamos todas desesperadas pero ninguno tuvo la idea de salir al aire, convocar a la gente (...) por eso la apreciamos tanto a Lucy y no la queremos abandonar porque fue la iniciadora y la que hoy mantiene la misma fuerza que en aquel momento...” (Miembro del MML de La Pampa).

En las entrevistas a miembros del MMLo a otras dirigentes, es frecuente encontrar la frase “ella nos unió/reunió/convocó/llamó para poder”, y las frases siguen: “luchar por nuestras tierras”, “enfrentar a los bancos”, “luchar contra todo esto”, “luchar todos juntos”. Esta “capacidad” de Lucy -este poder como acción- no deriva de su experiencia previa en organizaciones gremiales (pues no la había tenido) ni de su educación formal (no completó su educación media). Deriva, a nuestro juicio, de las habilidades e inversiones emocionales que esta mujer pudo poner en acto frente a una situación vivida como injusta y agravante. Ese momento de decisión -resignificar recursos, convocar a otros chacareros- fue relevante en sí, pero además ella *pudo* sostener la acción, asumió su rol de liderazgo.

En un estudio acerca de los “nuevos movimientos sociales” en América Latina, David Slater (1991) rescata la importancia de un “liderazgo” con el que se pueda garantizar una rudimentaria forma organizacional. Liderazgo, agrega el autor, que debe estar en posición de anunciar un proyecto, una serie de conceptos, imágenes y valores dentro de un discurso, que pueda interpelar efectivamente a los sujetos sociales involucrados en la situación o región. Este anuncio de un proyecto -entendido como imágenes, códigos y valores- es lo que otorgó a la acción de LC la relevancia que resultaría en su liderazgo.

Ese liderazgo está basado, además, en sus propias destrezas para generar relaciones con los otros, capacidad para convocar y para ser autorizada por los otros en el propio acto. La “no aceptación” del discurso institucional (rechazo de las acciones judiciales) politizó su acción y la convirtió en una acción colectiva, donde un conflicto está implicado y donde participan dos actores enfrentados por la apropiación y orientación de valores sociales y recursos de tipo material y simbólico (Melucci, 1980).

Este proceso no necesariamente tuvo que ver sólo con los niveles de educación formal alcanzados o con formaciones o capacitaciones previas de las protagonistas. Tuvo que ver con otros aspectos de “las pioneras” como sujetos, que las habilitaron para desplegar sus capacidades agenciales en un campo social dado. Los recursos educativos, las experiencias organizacionales, son elementos de primer orden en los procesos de formación de movimientos, pero también se pueden adquirir si se produce esta predisposición para la acción.

¿Qué sintieron las otras mujeres que escucharon la apelación de Lucy por la radio?

“...¡Ay! Una emoción muy grande porque la verdad estábamos todos desesperados pero ninguno tuvo la idea esa de poder salir al aire, convocar a la gente (...) ella salió, estaba sacando las cosas de su casa porque la iban a rematar, la amenaza del remate y desesperada dejó todo lo que estaba haciendo o sea como decimos nosotras ‘tiramos el delantal’ y se fue a la radio...” (Miembro del MML de la región).

Lo que Lucy logró poner en circulación tenía que ver con una situación económica común a un conjunto de agricultores, pero lo que desencadenó las acciones tuvo que ver con la posibilidad de innovar, de crear, de imaginar, de lograr un efecto. Hubo un campo en el cual los propósitos fueron construidos, coproducidos entre estas “pioneras” (tanto quien convocó como las que acudieron al llamado). Como nos recuerda Melucci (1992), este proceso es activo y relacional, generador de “identidades colectivas”, e implica la presencia de esquemas de conocimientos, de densas interacciones, de inversiones subjetivas e inter-subjetivas, y de intercambios emocionales y afectivos.

Hemos entrevistado a 10 de las principales dirigentes actuales del MML, y de este material registramos algunos aspectos que permiten un primer acercamiento a ellas como sujetos. Las más jóvenes rondan los 40 años, y las más grandes los 65. Todas descienden de familias europeas: italianos, españoles y franceses². La mayoría tiene 3 ó 4 hijos, pero dos no tienen descendencia. Sólo dos habían tenido experiencias de participación política -una estudiantil y en derechos humanos, y la otra había intentado participar en el gremialismo agrario. Algunas habían sido socias o participado en cooperativas.

Estos rasgos permiten ubicarlas en un mundo social formado por las ciudades pequeñas o simples pueblos del interior del país, centros administrativos de los alrededores agrarios de sectores medios habitados por descendientes de inmigrantes que lograron con muchas dificultades cierta movilidad social durante este siglo, confiando en el trabajo y en el esfuerzo familiar, y valorizando la educación formal. Sabemos que Lucy y otras dirigentes tienen hijos universitarios, o por lo menos en el nivel de enseñanza media³.

En varias de las entrevistas a estas 10 dirigentes registramos situaciones familiares difíciles, ubicadas en algún momento de sus pasados, relacionados con pérdidas de patrimonios, quiebras de empresas o de campos, o por lo menos historias de sacrificios para lograr la tierra familiar. Veamos algunos de los casos:

Caso I: “...Mi abuelo era italiano y se vino desde Italia ya grande, en la época en que se venía a ‘hacer la América’ y trabajando compró campos. (...) Mi padre compró un tractor para que mi hermano -que no quería estudiar- fuera contratista rural y, bueno, tuvo mala suerte, se le fundió el tractor, para pagar el arreglo tuvo que vender el campo y sembró y ese año vino mal el clima y

perdimos todo. Yo ya tenía 18 años y tuve que empezar a trabajar de sirvienta y mi hermano de peón rural para sobrevivir...”.

Caso II: “...Yo siempre milité en lo agrario o en derechos humanos antes, en la Universidad, pero esto... lo que pasa es que me toca muy de cerca porque yo soy hija de chacareros fundidos. El primer remate a que asistí fue al de mi familia a los 14 años y sufrí tanto que juré que nunca más iba a dejar que pasara alguno...” (En la entrevista luego se aclara que aquel remate tenía que ver con una pequeña empresa no agraria).

Caso III: “...Bueno el origen de mi familia fue, mi papá que fue inmigrante italiano [vino] con mi abuelo. Mi papá vino a los 14 años de Italia y se instalaron en una pequeña chacrita de Pergamino, antes tenía que arrendar campos, pagaban unos alquileres espantosos, cada vez que después de hacer el pozo, de hacer el rancho de adobe y allí poner a la familia, a lo mejor estaban 3 años y luego venía el dueño y les decía ‘no, no quiero que trabajen más el campo, pongo a otro’ y se tenían que ir dejando todo el sacrificio...”⁴.

Estos relatos testimonian historias frecuentes de los inmigrantes que llegaron masivamente durante varias décadas al país, que poblaron “la pampa gringa”, y cuyas posiciones y derechos se lograron con sacrificios y diversas luchas sociales urbanas y agrarias. El peligro de perder nuevamente aquellos derechos o patrimonios por los que sus familiares tanto lucharon aparece repetidamente en los relatos, y nos arriesgamos a pensarlo como una motivación -consciente o no- de la acción colectiva. Sus familiares se sobrepusieron al sentido de esas pérdidas, y estas mujeres lograron, con sus esposos o solas, conseguir una finca, una producción para el mercado, patrimonios y educación para los hijos. Nuevamente, como en las historias familiares, todo está en peligro.

En síntesis, el nivel de los sujetos es importante para entender aquellos aspectos que posibilitan el fortalecimiento: las trayectorias familiares, sus propios procesos de formación como mujeres de campo, hijas y nietas de inmigrantes, con sus tradiciones culturales, sus imaginarios en relación con la llegada de esos abuelos “gringos”. Se trata de comprender las singularidades que distinguen un relato de otro; los modos en que cada una vivió las condiciones de conformación de la vida social rural argentina. Esas experiencias personales de “logros y pérdidas” también se vinculan con esta decisión imprevista en los años noventa de “tirar el delantal” y salir a la escena pública. Tengamos presente que muchas otras miles de mujeres permanecen en sus hogares sin participar (y a veces criticando al MML), y el análisis de este nivel -el de los sujetos sociales- colabora en la comprensión de estas diferencias.

La expansión del movimiento en el país

Desde el momento mismo de su creación, el MML buscó a los medios de comunicación y los utilizó como una herramienta de expansión. La radio local en el

primer momento, y las repercusiones en la prensa escrita, fueron recursos relevantes para el proceso de expansión. Los periódicos provinciales anunciaban a las pocas semanas de que se parara el remate del campo de los Cornelis: “*Cunde el ejemplo de Winifreda*” (nombre del pueblo de LC). Allí también anunciaron que las mujeres del oeste de la provincia de La Pampa se auto-convocaron y después se pusieron en contacto con LC.

El 3 de junio de 1995 fue el remate en Winifreda, y el 21 de septiembre tuvo lugar la reunión donde se formó la “mesa nacional” a la que asistieron representantes de distintas zonas de La Pampa y de las provincias de Santa Fe, Buenos Aires, Río Negro y Formosa. La primera etapa de expansión fue espontánea, aun cuando los medios de comunicación fueron de gran ayuda.

En una segunda etapa, “las pioneras” se trasladaban y participaban en los nuevos remates. El mecanismo era simple: los agricultores las llamaban porque les llegaba la cédula judicial; entonces ellas decidían quiénes iban y cómo financiaban el viaje. Las más conocidas se comunicaban con los medios, y las delegadas se trasladaban a la nueva región.

“...Van apareciendo mujeres que se enteran por los medios (...) te digo que todavía es bastante artesanal...”.

Ellas mismas cuentan que muchas veces lograban parar los remates porque los funcionarios retrasaban la acción frente a la posibilidad de intervención del MML, o porque ellas creaban las condiciones para que el remate no se pudiera concretar. En otras ocasiones no lograban pararlos, y los campos se vendían. En estos últimos casos, la presencia del MML generaba una situación solidaria en la que los perjudicados no se sentían solos.

“...Yo creo que a medida que se van haciendo ejecuciones las mujeres se movilizan espontáneamente (...) el otro día en Bariloche no teníamos [formado el MML] y bueno, ‘las mujeres’ fueron y pararon el remate...”.

Una de las dirigentes de la provincia de Santa Fe cuenta de este modo la creación de un grupo que se integró al MML desde la provincia de Tucumán:

“...Y fue muy lindo, primero porque nosotros sabíamos del remate y fuimos a organizar el movimiento. Se organizó el movimiento, a los 15 días se hizo el remate. El remate, en realidad, se transformó en un acto público y político. Fue un montón de organizaciones, UCIT (Unión de Cañeros Independientes de Tucumán), estaban los de Federación Agraria, estaban todos, estaban las Madres de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S., estaba todo el movimiento adelante. Era la primera vez en Tucumán, entonces nos ponemos todos de pie cuando empieza el rematador y empezamos a cantar el Himno Nacional, [la situación] era totalmente nueva, el remate en medio del ‘bochinche’ [pero] el remate se hace. Lo anulamos y a los 10 días se vuelve a hacer, lo anulamos otra vez...”.

El MML cuenta con un conjunto de asesores legales que apoyan estos actos y proponen las acciones judiciales a seguir en cada caso. Sus acciones se mueven en estos dos niveles: la protesta para impedir la acción del rematador, pero también las acciones legales necesarias y pertinentes.

Pequeños grupos de mujeres que comienzan a identificarse con el MML aparecen con frecuencia en muchas provincias y regiones del país. Algunas de estas nuevas participantes logran luego viajar a las reuniones de la “mesa nacional”. Pero la organización es, en este terreno, de una marcada precariedad y espontaneidad. Faltan recursos económicos para financiar los viajes, los teléfonos, un simple lugar donde reunirse, o sus publicaciones. Sin embargo, en cada acto donde participan y con cada nuevo grupo de mujeres endeudadas que hace su aparición en el país, logran fortalecerse. Nos dice una activa dirigente de Santa Fe:

“...Mirá últimamente formamos el movimiento en el Valle de Río Negro, en Neuquén, Santiago del Estero, Formosa, Buenos Aires, parte de Córdoba, no tenemos demasiado desarrollo del movimiento todavía. Santa Fe es muy fuerte, La Pampa, Río Negro, que te decía recién que lo creamos hace cuatro meses. Ayer [marzo de 1998] las mujeres pararon por primera vez un remate, tenían una alegría, me llamaron y aplaudían todas por teléfono, me llamaron a Rosario porque habían logrado parar el remate, hicieron su primer experiencia, eran 3 has. de una mujer que estaba ella al frente de la chacra, bueno llamó al movimiento y con la misma modalidad nuestra de cantar el himno y entorpecer el desarrollo del acto. Tuvo bastante repercusión porque hoy lo estaban pasando en TN [noticiero televisivo], anoche lo vi en Canal 9. Todo eso ayuda a que los bancos tomen algunas medidas, yo creo que pesan mucho esas suspensiones de remates, porque *¿cómo explicás vos que un grupo de mujeres, solamente entonando el Himno Nacional y agarrándose de las manos, resista de esa forma, viste, un simple acto?...*” (Entrevista, 1998, la cursiva es nuestra).

La expansión hacia afuera: la formación de redes sociales

Una de las primeras iniciativas de las “pioneras” fue conectarse con otras organizaciones del país y del exterior con mayores experiencias en este tipo de acciones. Sus esposos o padres eran o habían sido miembros de la Federación Agraria Argentina (FAA) o de las sociedades rurales locales que están agrupadas en la Confederación Rural Argentina (CRA). Habían tenido participación en el movimiento cooperativo, y por lo tanto su federación -CONINAGRO- también era una organización cercana.

Dentro de la FAA se había creado una corriente más combativa que la línea nacional oficial, denominada Chacareros Federados, que ha logrado un interesante desarrollo en Santa Fe y el Norte de la provincia de Buenos Aires.

La relación con los Chacareros Federados fue muy importante, ya que el MML, a nuestro entender, tiene dos tipos de problemas con FAA: el primero tiene que ver con una diferencia en la concepción general del papel de las organizaciones gremiales, y el segundo con la concepción patriarcal que manifiestan los principales dirigentes de la Federación.

En efecto, mientras que FAA expresa desde hace unos años una posición negociadora y mantiene un discurso que pone el acento en los factores tecnológicos y en la eficiencia para integrarse al mercado, el MML presenta una posición más combativa, dado que sus demandas cuestionan a las instituciones que las indujeron a endeudarse para tecnificarse: “Estamos endeudadas porque creímos en la modernización tecnológica”, razonan ellas. La FAA no tiene problemas en generar alianzas con los grandes productores de la Sociedad Rural Argentina, en tanto que el MML busca formas de acercamiento al Movimiento de los Sin Tierra de Brasil.

El segundo problema, muy claramente enunciado en los relatos, tiene que ver con las posiciones de género. Las principales dirigentes del MML creen que sus acciones son cuestionadas por la FAA por haber sido generadas por mujeres. En reuniones gremiales o actos públicos con ellos, se sintieron descalificadas por frases que hacían referencia a sus “lugares naturales en el hogar” o a las “funciones femeninas”. Una y otra vez, los dirigentes nacionales de la FAA aluden a funciones femeninas y masculinas, y se reservan los espacios públicos (hablar en actos, declaraciones a los medios) para ellos.

Es importante atender a estas diferencias señaladas por las dirigentes del MML en referencia a la principal organización gremial de los pequeños y medianos productores, ya que se relacionan con los aspectos que ellas mismas ponderan para generar alianzas. La capacidad para registrar los despliegues de asimetrías por género, criticarlos, y buscar los grupos donde los hombres estén más abiertos a estos nuevos aprendizajes democratizadores, señala ciertas habilidades personales y grupales. En efecto, buscan fortalecer y conectar al movimiento con otras organizaciones que cumplan estos dos aspectos (para ellas esenciales): combatividad y respeto por las posiciones de género⁵.

El MML se conectó además con organizaciones provinciales de pequeños agricultores o de comerciantes endeudados. Con el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) desarrollaron no sólo relaciones de solidaridad en las acciones, sino ciertos proyectos de fortalecimiento organizacional. En la provincia de Tucumán el MML tiene una fuerte relación con el Centro de Empresarios de Famaillá, que agrupa a pequeños comerciantes.

Además, están en contacto y tratan de fortalecer vínculos con varias organizaciones de mujeres, con organismos de derechos humanos, y con la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA) y el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), organizaciones gremiales combativas y alternativas a la vieja y “ofi-

cialista” Confederación General del Trabajo (CGT). Tienen fuertes contactos con algunos legisladores de los partidos de centro-izquierda que conforman la Alianza (pero declaran neutralidad partidaria), con grupos de universitarios, con sectores de la Iglesia progresista (muchas de las dirigentes se manifiestan muy creyentes) y con grupos indigenistas. A sus asambleas nacionales concurren los medios de comunicación provinciales (La Arena, Pampa TV) pero también las grandes empresas nacionales de comunicación (Clarín, La Nación, Multicanal, etc.).

Algunas de estas vinculaciones en el nivel nacional se orientan a la formación de “redes” en el sentido definido anteriormente: producen proyectos comunes, complementan acciones, buscan generar nuevos sentidos que los incluyan en conjuntos, etc. Arriesgamos que es así con Chacareros Federados y con el MOCASE. Las otras relaciones son precarias, y por ahora tienden a conformarse como espacios donde ellas buscan apoyos. Son importantes recursos en las estrategias de sostenimiento de sus acciones y crean grandes corrientes de simpatías y solidaridad en distintos mundos sociales (el de las organizaciones de mujeres, el religioso, el universitario, etc.).

En el nivel de América Latina mantienen contactos con la organización mexicana El Barzón, y con la brasileña Movimiento de los Sin Tierra (MST). Según la presidenta del MML, existe un proyecto para crear un “movimiento de deudores de América Latina”. Viajaron a México invitadas por miembros de El Barzón, y ellos estuvieron en Buenos Aires trabajando con las dirigentes de La Pampa y Santa Fe. La situación común de endeudamientos recientes -producto de las políticas neoliberales- es un punto muy fuerte de encuentro con los mexicanos. Las diferencias residen en la forma de expansión interna de ambos: mientras que El Barzón integró endeudados agrarios y no agrarios (comerciantes, pequeñas empresas), el MML prefiere mantenerse en el sector agrario.

“...El Barzón empezó también con la deuda agraria en México. (...) Ahora estuve en México convocada por El Barzón, lo curioso es que empezamos con El Barzón que fue la primera [organización] que nos invitó pero ahora ellos dicen que nos conocen en Canadá, en Nueva Zelanda que las agriculturas son muy parecidas a las nuestras; ahora con El Barzón somos medio hermanos...”.

Con el MST han mantenido varios encuentros, sobre todo con los dirigentes del Sur (Estado Río Grande Do Sul). Los une la demanda sobre la tierra: los brasileños para acceder a ella, y el MML para no perderla. “...Ellos son tan peleadores como nosotros...”, sostiene una de las dirigentes remarcando el aspecto combativo del MST. Desde hace un tiempo están proyectando viajar a Europa, apelando a sus orígenes, para buscar apoyos y solidaridades.

En esta etapa de la organización, estas redes en formación dan cuenta más que nada de la conciencia y la apuesta que el MML hace a esta estrategia de for-

talecimiento. El éxito dependerá del reconocimiento que logren y de la capacidad para movilizar este tipo de recursos.

Algunas reflexiones a modo de conclusión

La irrupción del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha tuvo lugar a mediados de los años 1990, cuando los escenarios político y económico argentinos presagiaban los ciclos de protestas que aparecerían unos años después.

La generación de la situación de endeudamiento, en especial para los pequeños y medianos agricultores, fue resultado de políticas concretas: convertibilidad y su consecuente disponibilidad monetaria, aumento o disminución de las tasas de interés, etc. A todo esto se sumaban una gran inestabilidad de los mercados internacionales -las crisis de México, la asiática, las de Rusia y Brasil-, los vaivenes de los precios agrícolas, y un Estado que decidió no tener políticas activas para los pequeños y medianos productores; o lo que es igual, un fuerte sesgo en materia de concentración empresarial.

El MML surgió frente a la crisis del endeudamiento del sector, pero con el tiempo se fue convirtiendo en una fuerte voz crítica al modelo en su conjunto. Y esta radicalización fue posible porque rompieron con un sentido común -muy aceptado por algunos, incluidos varios maridos- que enuncia que las deudas son responsabilidad de los individuos que las poseen. Esta ruptura las habilitó para analizar y deconstruir sus propias deudas, plantear las irracionalidades de los montos que se fueron acumulando, y generar un nuevo discurso que pusiera en tela de juicio la legitimidad del endeudamiento y del modelo económico general.

Asimismo, el MML aparece como un claro representante de la “nueva protesta social agraria”, y ello porque logra sumar a sus demandas económicas otras que dan cuenta de los problemas de la sociedad de fin de siglo. En efecto, en otros trabajos sostuvimos que la protesta de la década de 1990 puede caracterizarse como novedosa, tanto porque surgen nuevos actores, como por el tipo de problemática social que logra hacer visible. En este caso, el tipo de actor -una organización de mujeres chacareras o campesinas- condiciona esas otras demandas que logran expresar y simbolizar en la construcción del movimiento. En este trabajo deslizamos el problema de género, pero también aparecen cuestiones que hacen a la posibilidad de elegir una manera de vivir (opciones de vida) muy propias de nuestro mundo globalizado (Giarracca y Teubal, 1997).

Nos detuvimos en la “expansión” y el “fortalecimiento” del MML como los aspectos más relevantes de esta última etapa. El “poder del movimiento” se relaciona con las oportunidades políticas (a lo Tarrow), pero también, y de modo fundamental, con las acciones organizativas. De este modo, analizamos las primeras acciones y discursos de un grupo de dirigentes, y reflexionamos acerca de las posibilidades y limitaciones en la tarea de construcción de las redes sociales.

Las posibilidades futuras del MML están condicionadas por el modo de acción y por los logros en relación con sus reclamos, o dicho de otro manera, por el tipo de negociaciones o resistencias que emprendan. Pero más allá del problema del endeudamiento, en el MML se visualiza la comprensión de otro conjunto de problemas o “síntomas” sociales que son de índole cultural, que las dirigentes destacan en sus discursos, y que las orientan a buscar otro tipo de aliados. En tal nivel, las perspectivas del MML están muy relacionadas con la capacidad de constituirse en redes y profundizar el aprendizaje que significa actuar en espacios tanto territoriales como virtuales.

Bibliografía

- Bendini, M. y Bonaccorsi, G. 1998 *Con las puras manos* (Buenos Aires: La Colmena).
- Biaggi, Cristina 1998 “La mujer como productora agropecuaria en Argentina”, en *Temas de Mujeres, perspectivas de género* (Tucumán: CEHIM, Universidad Nacional de Tucumán).
- Diodati, L. y Fernández, S. 1998 “La mujer y la familia en el campo. Reflexiones de Carlos Lemée”, en *Temas de Mujeres, perspectivas de género* (Tucumán: CEHIM, Universidad Nacional de Tucumán).
- Giarracca, N. y Teubal, M. 1995 “El día en que la Plaza de Mayo se vistió de campo”, en Teubal, Miguel *Globalización y expansión agroindustrial* (Buenos Aires: Corregidor).
- Giarracca, N. y Teubal, M. 1997 “El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. Las Mujeres en la protesta rural en Argentina”, en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 150.
- Giarracca, N. y Teubal, M. 1999 “Crisis y protesta agraria en Argentina: expansión y fortalecimiento del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha”. Ponencia presentada al IX Congreso de la Asociación Brasileña de Sociología. Universidad Federal de Río Grande do Sul.
- Giddens, Anthony 1984 *The Constitution of Society* (Estados Unidos: University of California Press).
- Giddens, Anthony 1991 *Modernity and Self-Identity, Self and Society in the Late Modern Age* (Estados Unidos: Stanford University Press).
- Melucci, Alberto 1980 “The New Social Movements: a theoretical approach”, en *Social Science Information* (Estados Unidos) N° 19.
- Melucci, Alberto 1984 “An end to social movements? Introductory paper to the sessions on new movements and change in organizational forms”, en *Social Science information* (Londres: SAGE) Vol. 23, N° 5/5.
- Melucci, Alberto 1992 “Frontier Land: Collective Action between actors and systems”, en Diani, Mario y Eyerman, Ron *Studying Collective Action* (Londres: SAGE).
- Pettersen L. y Solbakken, H. 1998 “Empowerment as a Strategy for Change for Farm Women in Western Industrialized Countries”, en *Sociología Ruralis* (Gran Bretaña) Vol. 38, N° 3.
- Roggi, María Cecilia 1998 “Cooperativas de trabajo: el papel de las redes sociales en su viabilidad y desarrollo” (Buenos Aires) Beca Iniciación CONICET, Informe de avance.

Slater, David 1991 “New social movements and old political questions. Rethinking state relations in Latin American Development”, en *XV World Congress of the International Political Science Association* (Buenos Aires).

Tarrow, Sidney 1997 *El poder en movimiento* (Madrid: Alianza).

Tilly, Charles 1986 *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle* (Estados Unidos: Harvard University Press).

Vedoya, Juan Carlos 1975 “La mujer en las Pampas”, en *Todo es Historia* (Buenos Aires) N° 15.

Otras fuentes

Banco de datos de “expresiones de protestas” del Grupo de Estudios Rurales en base a diarios nacionales, regionales y provinciales.

Notas

1 Con el término “pioneras” nos referimos al grupo de no más de 10 mujeres que iniciaron el MMLsin pensar en un programa racional de “medios-fines”, sino desde una respuesta a una situación vivida como injusta. Entre ellas se encuentran Lucy de Cornelis y Joaquina Moreno, ambas de La Pampa.

2 Aquí debemos aclarar que no fueron entrevistadas aún las representantes del Norte, Formosa y Tucumán, y es posible que en estas zonas encontremos descendientes de “criollos” o incluso indígenas.

3 Esta caracterización de los sectores medios argentinos descendientes de europeos que poblaron no sólo Buenos Aires sino también el interior, está ampliamente sustentada por la literatura de la primera mitad del siglo.

4 Los términos de los arrendamientos se fijaron 5 años después de uno de los grandes movimientos sociales agrarios de este siglo, conocido como “El grito de Alcorta”, en 1912.

5 Están muy atentas a no entablar relaciones con grupos de viejo estilo “nacionalista” xenófobos o conservadores.

6 El problema de la responsabilidad de las deudas es sumamente discutido en un país donde el Estado, durante la última dictadura, se hizo cargo de gran parte de la deuda internacional privada; o donde en la actualidad el Estado auxilia y subsidia a grandes bancos y a empresas automotrices, y se declara impotente frente a los grandes evasores fiscales.